

Economía argentina, coyuntura y largo plazo

Rolando Astarita

I

La desaceleración

Los últimos datos del Indec indican que estamos en presencia de una pronunciada desaceleración de la actividad económica. En el siguiente gráfico se puede ver la variación porcentual del estimador mensual de actividad con respecto a igual mes del año anterior, entre mayo de 2011 y abril de 2012.



Fuente: Indec 20/07/2012

En éste, las variaciones del estimador mensual industrial.



Fuente: Indec 27/07 /2012

También la caída en la construcción:

Fuente: Indec 29/06/2012

Agreguemos que la tasa de desocupación aumentó del 6,7% en el último trimestre de 2011 al 7,1% en el primero de 2012, con un descenso de la población activa, del 46,1% al 45,5% entre esos períodos; esto significa menos cantidad de gente buscando trabajo. El Ministerio de Trabajo reconoció, en agosto, que se estancó la creación de empleo. En el primer trimestre de 2012 el PBI creció el 5,2% con respecto a igual período de 2011; en términos anualizados, el crecimiento fue del 3,6%, y debe tomarse en cuenta que hay un arrastre estadístico del 1,6% de 2011. Todo indica que el crecimiento en el segundo semestre será más débil que en el primero. Las importaciones de bienes de capital disminuyeron, en junio de 2012, un 38% con respecto a igual mes del año anterior; puede estar reflejando una caída importante de la inversión. El consumo también se debilitó; las ventas minoristas en junio cayeron 6,8% con respecto a junio de 2011 (CAME); aunque luego repuntó, como consecuencia de los aumentos de las paritarias, y también porque la compra de bienes de consumo durables se ve como un refugio frente a la inflación. Con todo esto a la vista, si bien no hay elementos como para decir que se haya entrado en recesión (dos trimestres seguidos con crecimiento negativo), se puede afirmar que es fuerte el freno del crecimiento.

Explicaciones

El Gobierno y sus defensores explican que la desaceleración no se debe a debilidades del modelo, sino a la crisis internacional, ya que “el mundo se nos vino encima”. Pero el argumento es débil. Como señalan los críticos, la economía mundial está creciendo al 3,5% (según el FMI, junio 2012). En 2009 la economía mundial se contrajo el 2,2%, y la de los principales socios comerciales de Argentina un 0,4%; pero la economía argentina creció 0,9% (según el Indec). ¿Por qué debía caer en 2012, con la economía mundial creciendo al 3,5%? Los partidarios del Gobierno responden que Argentina se ha visto muy afectada por el freno de las importaciones de automóviles por Brasil, y por la sequía, que no permite aprovechar el aumento de la soja. Hay elementos de verdad en esto. Según la Asociación de Fábricas de Automotores, debido a la caída de la demanda en Brasil, las exportaciones de vehículos disminuyeron un 28,4% en el primer semestre de 2012 con respecto al mismo período de 2011. La fabricación de vehículos automotores bajó 14,2% en el primer semestre de 2012, con respecto al primero de 2011; y un 30,9% en junio de 2012 en relación a junio de 2011. Dado el peso de la industria automotriz en la economía, el efecto recesivo es indudable. Por otra parte, durante la campaña 2011-2 hubo una disminución en la producción de unos 15 millones de toneladas entre maíz y soja, debido a la sequía. Además, buena parte de la cosecha se vendió a precios menores que los actuales. Esto explica que las exportaciones de productos primarios tuvieran, en el primer semestre, una caída por precios del 1%. En junio, y en términos

anualizados, las exportaciones de productos primarios cayeron un 15%, tanto por precios como por cantidades. En definitiva, dicen los K-partidarios, los problemas son externos, crisis mundial en primer lugar, sequía en segundo término. Los críticos retrucan señalando que otros rubros se han desacelerado, o están disminuyendo: la industria alimenticia y tabaco creció, a junio de 2012, el 2,8% con respecto a igual acumulado del año anterior; la textil disminuyó el 1,8%; papel y cartón, y edición e impresión aumentó 2,1%; refinación de petróleo bajó 1,6%; e industrias metálicas básicas descendió 1,7% (todos los datos son del Indec). La caída de la construcción tampoco puede explicarse por la crisis mundial; ni el aumento del déficit de la balanza energética. Pero los defensores del Gobierno explican que no hay problemas de fondo, y que a partir del segundo semestre las cosas irían mejor. En Brasil habría recuperación de la demanda en el segundo semestre. Y en 2013 se harán sentir los efectos del alto precio de la soja; el precio de la oleaginosa aumentó casi un 60% desde diciembre de 2011. Si las condiciones climáticas lo permiten, la cosecha alcanzaría los 55 millones de toneladas, y podría haber un ingreso extra de 5300 millones de dólares en 2013. El Gobierno podría recaudar entonces 8600 millones de dólares por derechos de exportación (Iaraf, "Informe económico" 170, julio 2012). O sea, el mundo ya no se nos caerá encima. Si bien todo esto es real, existen de todas maneras muchos elementos para concluir que la economía se ha desacelerado de manera muy fuerte, y esto no se explica solo, ni principalmente, por los factores externos.

Crecimiento y problemas crecientes

La discusión sobre la coyuntura hay que enmarcarla en la dinámica de la economía argentina desde 2002. Los defensores del gobierno señalan repetidamente que Argentina creció a "tasas chinas", y éste es un elemento real. Desde el primer trimestre de 2002 hasta el primero de 2012, el PBI aumentó un 103% (tomamos como punto de partida 2002 porque cuando Kirchner asumió la presidencia la economía ya estaba creciendo a una tasa muy alta, un 7,7% en el segundo trimestre de 2003 contra igual período de 2002). Con la recuperación bajó la desocupación, desde el pico del 21% durante la crisis, al 7% actual; también la pobreza, que había alcanzado casi al 60% de la población en 2002, disminuyó al 22% que calcula hoy la UCA. En estos 10 años hubo importantes excedentes comerciales, de manera que se pudo evitar la tradicional restricción que tenía la economía argentina por el lado de la balanza de pagos, al tiempo que se bajaba el nivel de endeudamiento. La deuda externa disminuyó del 165% del PBI, después del estallido de la convertibilidad, al 42% en la actualidad. Aunque influyen las variaciones del tipo de cambio (hasta diciembre de 2001 representaba el 55% del PBI), es un hecho que la deuda hoy representa una carga mucho menor que en los 80 y 90 para la economía. Asimismo, crecieron las reservas internacionales. Todos estos datos están mostrando que asistimos a una fase expansiva del ciclo económico relativamente prolongada. En otra nota, hemos planteado que este ciclo se corresponde con un proceso similar que ocurrió a nivel de América Latina en la última década (ver aquí). No se puede entender el apoyo que ha recibido el gobierno de los Kirchner (o el de Lula o Bachelet) si no se parte de reconocer esta situación. En última instancia, la tesis, tan repetida en 2001 y 2002, de que la crisis argentina era "sin salida", tiene sus raíces en una incomprensión de la dinámica del modo de producción capitalista. Sin embargo, en los últimos años se encendieron luces amarillas en el "modelo". Veamos: a) desde hace tres años, por lo menos, el sector privado no está generando empleo neto. El desempleo juvenil alcanza al millón, y desde 2009 se multiplicó por cuatro el número de jóvenes que reciben subsidio por desempleo; b) en los últimos años los niveles de pobreza se han mantenido en torno al 22% (UCA, CTA y otros estudios no oficiales). Esto significa que se ha mantenido muy alta la cantidad de pobres estructurales; c) el balance fiscal, que en 2004 fue positivo por casi el 4% del PBI, en 2011 fue negativo por el 1%, y en 2012 sería también negativo. Los subsidios al transporte público, y al

consumo de gas y electricidad, representan en 4% del PBI; d) el tipo de cambio real se apreció. Según Cepal, el tipo de cambio multilateral estaría apreciado un 30% con respecto al promedio 2003-2012. Desde hace años, las importaciones crecen a una tasa mayor que las exportaciones, a pesar del alto precio de las materias primas. Entre 2004 y 2010, medidas en dólares, aumentaron en 229% y las exportaciones en 144%; entre 2010 y 2011 las importaciones aumentaron 30,8% y las exportaciones 23,7%. El tipo de cambio alto fue clave en el “modelo” K.

El problema que subyace a estas evoluciones reside en la acumulación, *y se sintetiza en que desde inicios de 2008 hubo una fuerte salida de capitales, de unos 60.000 millones de dólares (21.000 millones en 2011)*. Esto explica por qué, a pesar del excedente comercial, las reservas internacionales han bajado en los últimos meses: casi un 14% entre junio de 2011 y agosto de 2012. Además, otra parte del excedente (por caso, de la renta de la tierra) se ha estado invirtiendo en construcción y propiedad inmobiliaria. Por lo tanto, una enorme masa de plusvalía no se reinvierte productivamente en el país. *Pero la clave del desarrollo capitalista es la acumulación de capital, esto es, la reinversión de la plusvalía (el fruto de la explotación del trabajo) en medios de producción y fuerza de trabajo, para obtener más plusvalía*. De aquí también que no se hayan superado los rasgos estructurales básicos de la dependencia.

¿Cuánto cambió la economía?

Mucha gente está convencida de que a partir de 2003 Argentina pasó de un modelo agrícola y financiero, a un modelo productivo sustentado en la industria. Las cifras de algunas ramas industriales parecen avalar esa creencia: Entre 2003 y 2011 la producción de heladeras creció 451%, la de lavarropas 239% y cocinas 248%. La industria textil aumentó su producción un 150%. La fabricación de productos manufacturados de marroquinería y cueros se incrementó 60% en dólares. La de juguetes un 140%. La producción de la industria farmacéutica creció un 153%, y un 191% sus exportaciones. La metalmecánica aumentó su producto el 180% y el empleo 109%. La producción de vehículos automotores, la estrella de la industria, se incrementó un 488%; y el empleo un 213%. La industrialización de la soja creció 54% desde 2003 a 2012; la capacidad instalada del polo aceitero aumentó 100% en el mismo período. (datos Ministerio de Industria). En biocombustibles hubo una inversión de unos 1000 millones de dólares en los últimos años. En términos generales, se puede decir que a partir de la devaluación del peso en 2001, los sectores productores de bienes transables industriales se han visto beneficiados por el aumento de sus exportaciones, y sobre todo, por la sustitución de importaciones. Éste es el elemento de verdad que tiene el discurso K sobre el “modelo industrialista”.

Es indudable, además, que este crecimiento constituye *una fuente importante de legitimidad y consenso para el Gobierno*. Sin embargo, *no implicó un cambio cualitativo de la estructura productiva global del país*. Para verlo, tomamos como puntos de comparación 1998 (el año previo al inicio de la crisis) y 2011. En ese lapso, la participación de la industria en el PBI aumentó un punto porcentual: en 1998 era del 17,8%, en 2011 fue del 18,8%. No es un cambio significativo. En algunos medios académicos “progre-izquierdistas” circula la idea de que los 90 fueron años de “acumulación financiera” por oposición a los 2000. Sin embargo, *la participación en el PBI del sector bancario y financiero fue un poco superior en 2011 con respecto a 1998*. En 1998 la suma de la participación de la intermediación financiera y de los servicios de intermediación financiera era 5,1%, en tanto que en 2011 fue 6%. Ya hemos visto, por otra parte, que la participación de la industria no fue significativamente superior.

Sí aumentó la participación de los sectores productores de bienes y servicios en el PBI: en 1998 fue del 32,1%, y en 2011 del 37,9%. Es una suba importante, de casi 6 puntos porcentuales. Sin embargo, se debe principalmente al aumento de la participación de sectores productores de bienes con bajo valor agregado: minas y canteras incrementó su participación en el PBI del 1,4% al 3,1%; y agricultura, ganadería y sicultura pasó del 5% al 9,5%. Agreguemos que la participación de la construcción se mantiene en poco más del 5%, en tanto disminuye la participación de electricidad, gas y agua del 1,9% al 1% (pero en este último ítem, a precios constantes de 1993, la participación se mantiene estable en torno al 2,3%).

El peso de actividades de bajo valor agregado también se refleja en la estructura de las exportaciones. En 2010 el 23,6% de las exportaciones estuvo compuesta por productos primarios, el 33,2% por manufacturas de origen agropecuario (MOA), el 34,1% por manufacturas de origen industrial (MOI) y el 9,6% fueron combustibles y energía. En 1998 eran, respectivamente, el 25%, 33,1%, 32,6% y 9,2%. O sea, hubo un aumento de la participación de las MOI, pero no se modificó sustancialmente el alto peso de productos primarios, y de las MOA de poco valor agregado.

Para verlo de otra manera, digamos que el complejo oleaginoso representó, en 2011, el 26,2% de las exportaciones totales (el sojero el 24,5%); y el cerealero el 11,2%. El 75% del valor exportado por el complejo agroindustrial (31 cadenas agroalimentarias) está compuesto por *commodities*. Esto explica por qué la economía argentina es tan dependiente de factores climáticos (las lluvias en Argentina y EEUU). Por otra parte, las exportaciones de vehículos automotores representan el 39% de las MOI (el complejo automotriz representó, en 2011, el 12,7% de las exportaciones totales). Además, están muy concentradas en el Mercosur, esto es, en Brasil. En 2011 las exportaciones de vehículos y chasis al Mercosur representaron el 76% del total. Es que la apreciación del real (a pesar de su depreciación reciente, todavía está apreciado con relación al dólar un 20%, aproximadamente) contribuyó a mantener competitiva a la industria automotriz argentina, a pesar de la apreciación del peso contra el dólar y el euro. De aquí la “Brasil-dependencia” de las exportaciones argentinas de MOI. Esto también explica el peso de la industria automotriz en la economía argentina.

Es de destacar entonces que la industrialización (y la “argentinización”) de la economía, proclamada por el “Proyecto Nacional y productivo”, se realiza a partir del imbricamiento de grandes empresas agrarias, mineras y automotrices (Grobo, Cresud, Molinos, Monsanto, Barrick Gold, Vale, Ford, John Deere, Fiat) con el mercado mundial. Por encima de los discursos, se impone la lógica de la internacionalización del capital. Queda claro, por lo tanto, lo que se está demandando cuando se levanta la consigna de “profundizar el modelo”.

Por otra parte, durante años el Gobierno negó que hubiera problemas en la producción de gas y petróleo. En 2012 tuvo que admitirlos. Según datos oficiales, entre 1998 y 2011 la producción de petróleo se redujo en 15,9 millones de metros cúbicos y entre 2004 y 2011 la producción de gas disminuyó en 6,6 miles de millones de metros cúbicos. Las reservas de petróleo cayeron 11% y las de gas 43% entre 2003 y 2010. Como resultado, en 2011 Argentina tuvo un saldo negativo en la balanza comercial de hidrocarburos de 3.029 millones de dólares. El déficit se agrava este año. En el primer semestre de 2012 se importaron combustibles y lubricantes por 4983 millones de dólares; es un aumento del 16% con respecto al primer semestre de 2011. De la misma manera, las dificultades que están experimentando empresas eléctricas, y los cortes frecuentes de suministro, están evidenciando también problemas estructurales graves. Lo mismo podemos decir del transporte; por ejemplo, los ferrocarriles (ver aquí). El déficit comercial de la industria y energético, las falencias del transporte, el peso que continúan teniendo los productos primarios o de poco valor agregado en el PBI y en las exportaciones, *no pueden atribuirse a la crisis mundial*. Tampoco la salida de capitales: en 2011 Argentina tuvo

un movimiento neto de capitales de -17.600 millones de dólares, en tanto Brasil experimentó un ingreso neto de 282.900 millones de dólares (dato de Cepal). Los problemas tienen sus raíces en cuestiones vinculadas con la acumulación de capital, que trataremos en la segunda parte.

II

La acumulación del capital en la tradición clásica

En la nota anterior hemos planteado que la clave del desarrollo capitalista pasa por la reinversión del excedente. Esta importante idea fue formulada por primera vez por los fisiócratas. Quesnay definía el excedente como la diferencia entre la producción y lo necesario para mantener la capacidad productiva (incluyendo en ésta el consumo del trabajador). Se equivocaba al sostener que solo la actividad agrícola generaba ese excedente, pero lo destacable es que concibió un proceso dinámico, cuyo eje es la reinversión, decidida por la clase social que se apropia del excedente. Luego, en Smith y Ricardo, serán los trabajadores contratados por el capital los que producen el valor, y por lo tanto, las ganancias y las rentas. Se trata de un enfoque opuesto al neoclásico, con su énfasis en la asignación eficiente de recursos “dados”. En el sistema clásico, lo importante es ampliar el trabajo productivo, para generar ganancia que se invierte para generar más ganancia. Se trata de un proceso *circular*, o *en espiral*, que rige el desarrollo de las fuerzas productivas.

También en Marx se mantiene esta idea. Sintéticamente, en Marx, para que haya reproducción ampliada del capital, es necesario que el capitalista decida acumular, reinvertir la plusvalía, no sólo para acrecentar el capital variable (como sucede en Ricardo), sino también el capital constante, esto es, los medios de producción. “El empleo de plusvalor como capital, o la reconversión de plusvalor en capital, es lo que se denomina acumulación de capital” (Marx, 1999, t. 1, p. 713). Por eso, una vez dada la masa de plusvalor, “la magnitud de la acumulación depende... de cómo se divida el plusvalor entre el fondo de acumulación y el de consumo, entre el capital y el rédito” (idem, 730). La plusvalía que se gasta como rédito, esto es, para el consumo o diversos gastos del capital, no permite ampliar la capacidad productiva. De aquí la importancia de distinguir entre trabajadores productivos e improductivos. Los trabajadores improductivos son pagados con plusvalía, y no generan plusvalía. En *El Capital* Marx apuntaba que el gasto en empleados domésticos, en Inglaterra, era gasto improductivo. Lo mismo se aplica al trabajo estatal. Si el Estado contrata trabajadores para enterrar y desenterrar botellas, esto puede estimular el consumo, y por esa vía contribuir a sostener la demanda. Sin embargo, esos trabajadores son pagados con plusvalía que no se reinvierte productivamente (para una discusión, ver aquí). Por lo tanto, en la medida en que el nivel de empleo se sostenga por esta vía, el crecimiento encontrará dificultades crecientes. Podemos decir que en un país atrasado, esto es doblemente válido. Y esto ocurrirá aun en el caso de empresas estatales. Por ejemplo, si una empresa estatal contrata personal para que trabaje como puntero político, ese gasto es improductivo; aunque el gasto de ese puntero contribuya a mantener la demanda. Y en el mediano o largo plazo, ese tipo de gasto solo se sostiene si crece el trabajo productivo.

En síntesis, en la teoría clásica, y más explícitamente en Marx, la clave del desarrollo de las fuerzas productivas capitalistas pasa por cuánto trabajo se emplea productivamente, y por cuánto de la plusvalía se reinvierte para ampliar el trabajo productivo, o se gasta como rédito. Si consideramos el desarrollo de un país en particular, debemos agregar cuánto de la plusvalía atraviesa las fronteras para colocarse en otro país. Lo importante es que *todo el valor histórico del capitalismo se relaciona con estas cuestiones*: “Solo en cuanto capital personificado el capitalista tiene un valor histórico...”. En consecuencia, los factores que influyen en la decisión de invertir -en primer lugar, la ganancia, y la seguridad de su continuidad- son decisivos en el análisis del desarrollo capitalista. La búsqueda de ganancias, y la competencia, obligan a cada

capitalista “a expandir constantemente su capital para conservarlo” (ídem, 731). Por eso, “como fanático de la valorización del valor, el capitalista constriñe implacablemente a la humanidad a producir por producir, y por consiguiente a desarrollar las fuerzas productivas sociales y a crear las condiciones materiales de producción que son las únicas capaces de constituir la base real de una forma social superior...”.

Destaquemos que el dinamismo técnico deriva de esta mecánica. El desarrollo de las fuerzas productivas no consiste solo en aumento cuantitativo (más trabajadores y más medios de producción), sino en el avance tecnológico: la producción de más bienes por menos unidad de tiempo (innovaciones de proceso); y de bienes que satisfagan mejor las necesidades humanas (innovaciones de productos). Esta dinámica, a su vez, lleva a las crisis de sobreproducción. Al acumular, aumenta la masa de capital constante invertida por obrero, se eleva la productividad, se abaratan los medios de producción y de consumo, y finalmente se debilita la tasa de rentabilidad. Lo cual explica por qué *la crisis típica del desarrollo capitalista no es por carencia, sino por “exceso”, por sobreproducción, por sobrecapacidad y sobreacumulación* (ver aquí).

Apuntemos también que mucho de este enfoque fue mantenido por los neoricardianos (Garegnani, Pasinetti), hasta el día de hoy. También por los keynesianos de Cambridge (como Kaldor), o los autores tradicionales de desarrollo (como Lewis), aunque en estos casos, sin la tesis del trabajo productivo, ni referencia alguna a la explotación. En Kaldor, por ejemplo, el dinamismo técnico depende de la capacidad para absorber el cambio técnico, y éste depende de la tasa de acumulación. Estas ideas están en el centro de las polémicas de los autores más progresistas del pensamiento burgués, con los neoclásicos. La causa del retraso de los países subdesarrollados no es la pobreza de recursos, o la escasez de ahorro, sino al contrario, la pobreza de recursos y la escasez de ahorro es el reflejo de la debilidad de la acumulación (ver, por ejemplo, Kaldor 1963).

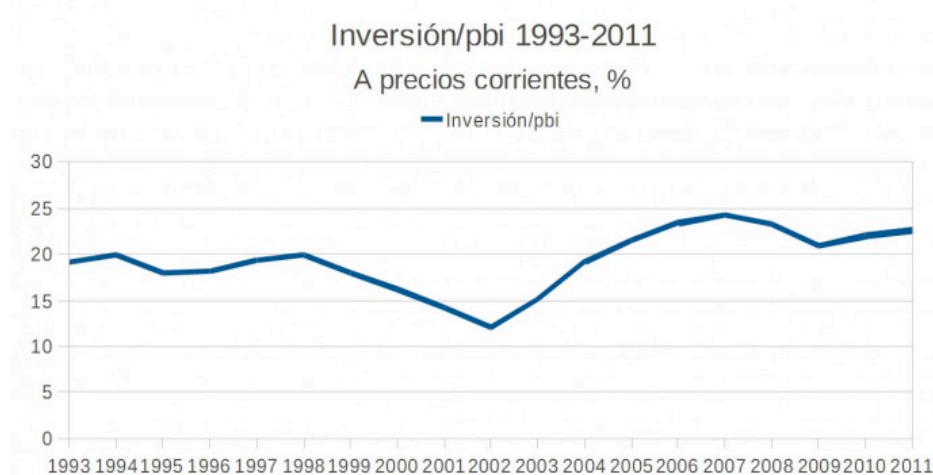
La salida del excedente en el pensamiento de izquierda

Aunque a primera vista parezca que nos hemos alejado del tema que nos ocupa, estamos en el meollo de la cuestión. Desde el punto de vista del desarrollo capitalista, la raíz de los problemas en la economía argentina reside en que una parte sustancial del plusvalor no se reinvierte productivamente. En parte se utiliza en gastos improductivos (incluidos gastos estatales), o construcción inmobiliaria. Y otra se coloca en el exterior, ya sea porque las multinacionales no reinvierten sus ganancias, o porque la burguesía argentina saca los capitales. Los teóricos de la dependencia, y en general los autores de izquierda, tradicionalmente explicaron el atraso de los países coloniales y semicoloniales por la extracción del excedente que realizaban las potencias y sus empresas, aliadas a las oligarquías locales. Pero hoy, en Argentina, la remesa de utilidades por parte de las grandes transnacionales es solo una parte del problema, porque existe una enorme masa de riqueza, propiedad de la clase capitalista criolla, que está acumulada en el exterior (algunos la ubican en 160.000 millones de dólares, pero puede ser superior); esto es, no se reinvertió, ni se reinvierte, para ampliar las capacidades productivas. En este punto, *el esquema explicativo “imperio-colonia” hace agua, ya que esa transferencia del excedente fue un acto libre de los capitalistas argentinos*. Para ilustrarlo con un ejemplo, cuando los Kirchner colocaron varios cientos de millones de dólares, provenientes de la privatización de YPF, en los circuitos financieros internacionales, *lo hicieron respondiendo a una lógica de clase*, no por imposición del FMI, o de poderes coloniales. Lo decidieron así porque consideraban que el marco social, o el horizonte político, no era adecuado para realizar inversiones productivas en la provincia de Santa Cruz. Algo similar puede decirse acerca de la forma en que los políticos blanquean el dinero de la corrupción: lo invierten, con criterio rentístico, en propiedad inmobiliaria, urbana o rural, o en dólares y activos financieros en el exterior. Esta debilidad de la acumulación de capital explica entonces por qué

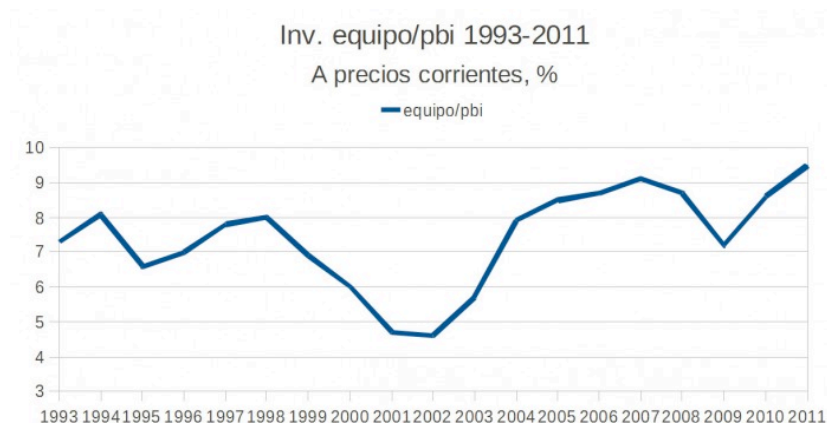
el problema económico en Argentina *se manifiesta como carencia, como falta* (de energía, de transporte, de producción con valor agregado, etc.) y *no como "exceso"*. El hecho de que la intelectualidad K-izquierdista pase por alto, o disimule, la salida del excedente, demuestra la distancia que la separa de lo que ha sido la tradición del pensamiento crítico de la izquierda latinoamericana, y de las expresiones más progresistas de la tradición económica.

La inversión en Argentina

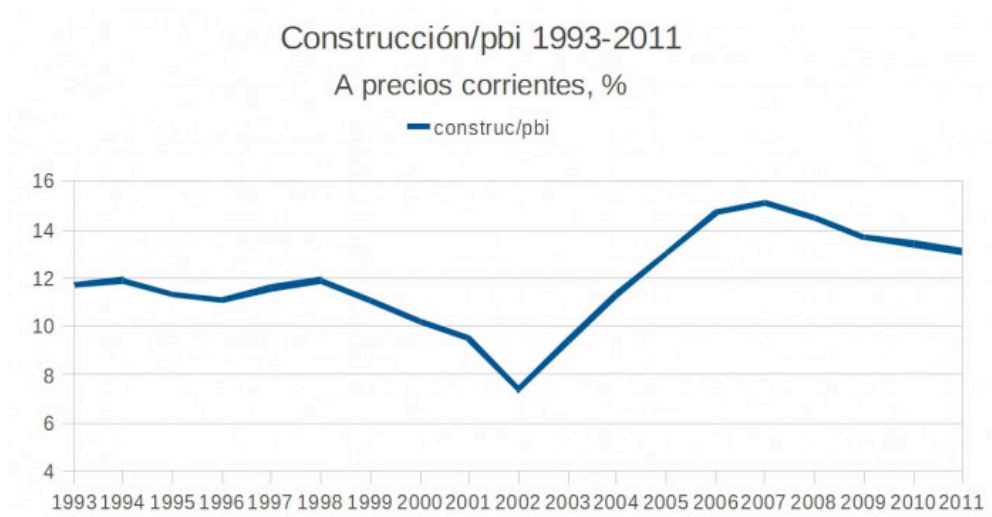
Afirmar que la salida del excedente debilitó la acumulación, y por lo tanto las bases del desarrollo capitalista, no es sinónimo de negar que hubo inversión en la última década. Es importante aclarar este punto, porque muchas veces se puede caer en una discusión falsa. Cuando sostenemos que existe un desarrollo deformado y con fundamentos débiles, y que la salida del excedente es causa y expresión de ello, no estamos diciendo que no hubo en absoluto inversión. En los 2000 los niveles de inversión se recuperaron con respecto a la gran crisis de 2001-2, e incluso fueron un poco superiores a los promedios de los años noventa. Pero *la inversión no cambió cualitativamente con respecto a los 90*. En el siguiente gráfico vemos la inversión (incluye construcción e inversión en equipos) en términos del PBI.



En el siguiente mostramos la evolución de la participación de la inversión en equipos.



Aquí, la participación de la construcción en el PBI. La construcción residencial no aumenta la capacidad productiva del país; en términos marxistas, es gasto de renta, esto es, de bienes de consumo.



La relatividad del cambio en los 2000 con respecto a la década menemista está determinada por el hecho de que en los años 90 hubo inversión productiva. Hay que mantener una perspectiva de largo plazo para entender dónde estamos parados. La imagen de una oposición absoluta entre el “modelo parasitario financiero” de los 90 y el “productivo e inclusivo” desde el 2003, no resiste el análisis. La realidad es que entre 1990 y el primer trimestre de 1998 la inversión bruta interna fija aumentó un 190%; la inversión en construcción 117,2%; la realizada en equipo durable de producción aumentó casi el 330%. En ese período el PBI aumentó 50,4% y la relación IBIF/PBI pasó de un mínimo de 13,2% en 1990 al máximo de 25,6% en el tercer trimestre de 1998. Entre 1990 y 1998 la inversión en equipos y maquinaria (bienes de capital) importados creció en casi 14 veces, pasando de ser el 8,7% de la IBIF al 41% en el primer trimestre de 1998. Todos los datos los tomo de Kulfas y Hecker (1998), una fuente que debería ser insospechada de estar bajo las influencias del grupo Clarín y del “establishment destituyente”; Matías Kulfas actualmente es gerente general del Banco Central y preside AEDA, una institución defensora de las políticas oficiales. En la década menemista no solo se destruyeron empresas, también se modernizó el stock de capital, y aumentó la productividad. El apoyo de la burguesía argentina a las políticas de Menem-Cavallo encuentra su explicación última en estas evoluciones. Por eso también Kulfas y Hecker consideraban positivas las privatizaciones. Pero aunque en los 90 aumentó la inversión con relación a los 80 (que fueron de estancamiento), no cambió estructuralmente la economía argentina. Algo similar ocurre en los 2000: aumentó la inversión con respecto a los 90, aunque tampoco se modificaron de manera sustancial el rasgo que define a un capitalismo atrasado y dependiente: el desarrollo desigual y desarticulado, y sustentado en escasa tecnología. Precisemos todavía que la inversión de los 90 jugó un rol no desdeñable en la recuperación a partir de 2002. El gobierno de Duhalde, y luego Kirchner, heredaron un aparato productivo modernizado con relación a los 80.

III

Lógica capitalista, en los 90 y en el 2000 también

La clave del desarrollo capitalista pasa por la decisión de invertir el excedente, y esta decisión se rige por las perspectivas de rentabilidad, y de la confianza en su permanencia en el tiempo. O sea, en lo exitoso que pueda ser el proceso de explotar al trabajo y realizar valor. Argentina de los 2000 no fue una excepción. El crecimiento fue vehiculado por empresas capitalistas, que decidieron sus inversiones bajo la lógica de la ganancia.

Los actores relevantes fueron grandes empresas y grupos, transnacionales y nacionales, que se instalaron, o tomaron fuerza, en los 90. Es el caso de la minería. Entre 1990 y hasta 1998 se hicieron inversiones por 1858 millones de dólares (Kulfas y Hecker), y fueron vehiculizadas por grandes empresas transnacionales. En esa década también se establecieron los marcos regulatorios de la minería a cielo abierto. Algo similar ocurrió con el agro. En los años menemistas entraron grandes capitales extranjeros (como Cresud y Benetton), y se fortalecieron los principales grupos nacionales que operan hoy. Además, en los 90 la producción agrícola aumentó más de un 50% (la de soja en primer lugar), se multiplicó el uso de agroquímicos, se extendió la siembra directa, aumentó el número de tractores, se modernizó la maquinaria, y se fortalecieron empresas como Monsanto, Cargill o Novartis. En cuanto a la rama automotriz, que hoy es clave en la industria, entre 1990 y 1998 hubo inversiones por casi 4000 millones de dólares, también a cargo de las grandes transnacionales. Asimismo, hubo fuertes inversiones (por adquisición o establecimiento de plantas) de Coca Cola, Nestlé, Nabisco-Terrabusi, Phillip Morris-Kraft, Danone-Bagley, Parmalat, Danone, Brahma, en la rama de alimentos y bebidas. En el comercio minorista se expandieron Carrefour, Disco, Norte, Easy, Walmart, Coto y Auchan, entre otros. Entre los bancos, cobraron fuerza HSBC, Citybank, BBV-Banco Francés, Banco Río y Grupo Galicia. La medicina privada también tomó impulso en la década menemista, con intervención de grandes grupos en salud (Swiss Medical Group, AMSA, Qualitas, Doctos). Sumemos la educación privada que, naturalmente, siguió creciendo hasta el día de hoy.

En la década de 2000 estas empresas y grupos se adecuaron a la nueva realidad del tipo de cambio alto (de los primeros años) y del boom de las materias primas. El tipo de cambio alto, los salarios deprimidos y la caída de los precios relativos de los servicios públicos, permitieron que los capitales vinculados a la producción de bienes transables rápidamente se recuperaran, sanearan sus estados contables y obtuvieran grandes ganancias (Bezchinsky *et al.*, 2007). Hasta el presente, los sectores agroexportador, automotriz, minero y algunos productores de bienes transables, siguen siendo los más dinámicos. Según la página web del Ministerio de Industria, en los últimos 4 meses han concretado o anunciado inversiones John Deere (tractores y cosechadoras); Agco, (tractores); Claas (cosechadoras); Carraro, (agripartes); ProMaíz (molienda de maíz); Syngenta (semillas); Monsanto, (semillas); Evonik Degussa (metilato de sodio); Qualitá (frigorífico de cerdos); Coto (faenamiento avícola); Alimentos del Sur (bioetanol); Nobel (biodiesel); Walmart (supermercado); Kraft (galletitas); Alpargatas (textil); Mabe (heladeras); Plaza Logística (parques logísticos); TN&Platex (hilados); Fiat (vehículos); Ford (vehículos); Flecha Bus (carrocerías); Cementos Avellaneda; Loma Negra (playa de carbón); Ferrum (sanitarios); Grobo (fábrica de pastas); Pirelli y Fate (neumáticos); Dow (petroquímica); Alto Paraná (celulosa); Laboratorio Catalent, Laboratorio Internacional Argentino y PharmADN (productos de farmacia). Además, debe destacarse la minería, donde se están realizando inversiones por 1600 millones de dólares; están a cargo de Vale, Barrick Gold, Xstrata Copper (opera la Minera Alumbrera), Anglo Gold Ashanti, Minera Santa Cruz, Yamana Gold, Minera Andes y Minera Triton (Panamerican Silver).

Por otra parte, sectores como el avícola crecieron rápidamente, y siguen invirtiendo (algunos grupos están haciendo grandes ganancias, y se benefician de los subsidios); pero otros, como la industria frigorífica, están en crisis. Y muchas economías regionales (aceitunas, frutas) cada vez tienen más dificultades para exportar. En el sector servicios la rentabilidad fue todavía más desigual. En turismo, por caso, hubo una fuerte expansión y alta rentabilidad, y cobraron fuerza capitales nacionales y cadenas internacionales (Hilton, Accor, Howard Johnson, Vista Sol). El sector bancario también fue uno de los más beneficiados; entre otros elementos, gozó de la posibilidad de hacer buenos negocios con el Estado (véase, por ejemplo, aquí). Pero por otro lado, hubo caídas de rentabilidad en comunicaciones, electricidad, gas y agua. Algunos grandes capitales, como Aguas Argetinas, se retiraron. En el sector eléctrico, la inversión se estancó. En transporte, algunos grupos (el Plaza posiblemente es el más destacado)

prosperaron, merced a los subsidios y negociados que pudieron establecer con el Estado. Pero no invirtieron. En Aerolíneas Argentinas hubo desinversión. En petróleo y gas, a partir de 2002 las ganancias crecieron, pero la inversión no se recuperó. El caso de Repsol es ilustrativo. Siendo una empresa multinacional, su negocio estaba en reinvertir ganancias en otros lugares del mundo, dada la diferencia entre los precios internacionales y los locales. De ahí el vaciamiento. El resto de las empresas del sector tampoco invirtió. *Estas evoluciones de rentabilidades, muy dispares entre sectores, determinaron también un crecimiento extremadamente desigual y desarticulado.*

Capitalismo de Estado residual

En el contexto que hemos descrito, *el capitalismo de Estado asumió un carácter residual*. La estatización de Aguas Argentinas, en 2006, se produjo luego de que el grupo Suez anunciara su decisión de retirarse del país. No invertía desde 2002, y tampoco había cumplido con los compromisos establecidos en la privatización. Lo significativo es que antes de hacerse cargo de la empresa, el Gobierno la ofreció a otros grupos; pero los potenciales inversores calcularon que el negocio (con las tarifas congeladas) no era conveniente. También en el caso de Correos Argentinos. El Estado retomó el control en 2003 porque el grupo controlante no tenía interés en seguir. Inmediatamente el Gobierno convocó a capitales para reprivatizar la empresa, pero no hubo oferentes, y Correos siguió en manos del Estado. En ferrocarriles el Gobierno se hizo cargo de las inversiones desde hace años, pero éstas siguieron estancadas. Luego pasó a administrar ramales, y la postración continuó. En lo que respecta a YPF, solo se la estatizó (parcialmente) cuando se precipitó la crisis energética. En las semanas que siguieron el Gobierno trató de interesar a Chevron Exxon, Petrobras y a Cnooc, para que invirtieran. Pero no hubo acuerdo debido a las condiciones exigidas por las empresas. Ahora, YPF intentará colocar deuda en los mercados, según se anuncia. De nuevo, los inversores prestarán su dinero si prevén buenas ganancias. Por último, la estatización de la imprenta Ciccone, se hizo con el objeto de tapar (o al menos intentarlo) la mugre de los corruptos negociados del vicepresidente y sus amigos. La “soberanía monetaria” solo fue discurso.

Por otra parte, la intervención del Gobierno en la economía, fijando precios y subsidios por ramas y sectores, u otorgando y quitando concesiones, no impidió que terminaran imponiéndose las leyes del mercado y la lógica de la ganancia. Si una empresa multinacional invierte en la producción de glisofato, y otra no invierte en generación eléctrica, no es que la primera sea “patriota”, o ame a la naturaleza, y la segunda “parasitaria” y “enemiga del modelo nacional”; simplemente se trata de diferentes perspectivas de ganancia. Por eso, el economista “progre-izquierdista”, puesto a alto funcionario de Economics, rezongará y gesticulará, y pronunciará bonitos discursos, pero no logrará cambiar el curso profundo de las cosas. En términos teóricos: entre Keynes y Marx no hay síntesis posible (para una crítica del intento de embellecer por izquierda a Keynes, véase aquí). Por eso, tampoco existe un tercer camino para el desarrollo de las fuerzas productivas entre el capitalismo y el programa de la revolución socialista. Algunas estatizaciones parciales, algunos controles de precios, apenas arañan la epidermis. A lo sumo, logran irritar a algunos capitales; al tiempo que desde el Estado a otros se les brindan oportunidades de enriquecerse sin límites. En última instancia, cuando las perspectivas de ganancias no son seguras, no invierten (la llamada “huelga de inversiones” es un factor de presión permanente del capital). Una intervención social profunda solo puede ser instrumentada por la clase social productora, sostén último de esta sociedad. Pero estamos muy lejos de eso (¿o alguien apuesta al poder transformador de los Zanola y los Pedrazza?).

“Tierra arrasada” y la “productividad sistémica”

El crecimiento de las últimas décadas ha tenido profundas debilidades estructurales, que pueden tener consecuencias perniciosas en el largo plazo. De acuerdo a la Secretaría de Ambiente y Desarrollo Sustentable, más del 22% del suelo sufre erosión eólica o hídrica. El dato es de 2000, y no está actualizado, pero todo indica que la erosión continuó en la última década. La misma fuente estima que los procesos de degradación aumentan significativamente en los últimos años por la agriculturización y el desmonte con uso no adecuado de algunas tierras, "privilegiando los resultados productivos y económicos del corto plazo, sacrificando la sostenibilidad de los sistemas productivos". Según el INTA, en promedio, en el cultivo de soja solo se reponen el 31% de los nutrientes que se extraen del suelo. El crecimiento basado en "tierra arrasada" no es sustentable en el largo plazo. Algo similar estaría ocurriendo con la gran minería a cielo abierto, de acuerdo a denuncias de organizaciones ambientalistas.

Pero además, el desarrollo desigual y desarticulado ha dado lugar a problemas que derivan de la carencia, de la escasez. La "crisis" energética no es de sobreproducción (no hay crisis porque se produjo demasiada energía), sino de subproducción. Algo parecido puede decirse de las falencias del transporte por ferrocarril, o aéreo. Este crecimiento desarticulado también explica la caída de lo que se ha llamado "*productividad sistémica*" (Kulfas y Hecker). Esto es, la productividad que está relacionada con la infraestructura en energía, comunicaciones y transporte. Destaquemos que la productividad no es un fenómeno exclusivamente "micro", individual de las empresas. Por ejemplo, los sobre costos en el transporte, o por falta de logística; o por interrupciones en el servicio eléctrico, pueden ser factores negativos importantes. Por eso, en la medida en que la inversión se sigue estancando en estos sectores, aparecen restricciones crecientes para el desarrollo y cuellos de botella, que pesan más y más en la economía. Por ejemplo, la postración del ferrocarril lleva a la sobreutilización de las carreteras y del transporte automotor, con consecuencias negativas en materia de accidentes viales, retrasos, deterioro medio ambiental y mayores costos logísticos. En energía, la caída de la producción no solo genera cortes en el suministro, sino también problemas crecientes en la balanza comercial. Además, a medida que no repunta la inversión, empeora más la productividad, y aumenta la carga fiscal. Cada vez más subsidios se destinan a sostener los sectores estancados, sin que por ello se solucionen los problemas de fondo. Y si se liberan los precios de estos insumos, caerá el salario real y se agudizarán las presiones inflacionarias. Es el producto natural de la falta de integración entre sectores, del crecimiento desarticulado.

Mercado mundial y desarrollo

Alguna vez León Trotsky dijo que la fuerza y estabilidad de la economía de la URSS se definía, en último término, por el rendimiento relativo del trabajo; esto es, en relación a la productividad y tecnología de los países capitalistas más adelantados. Esta idea se puede extender a los países capitalistas dependientes, como Argentina: cuando se juzgan los resultados del proyecto "industrializador", es necesario ponerlos en relación al desarrollo mundial.

Antes de continuar, es necesario precisar el criterio con el que evaluamos el desarrollo argentino en la última década. Se trata de preguntarnos en qué medida el "modelo" ha promovido el desarrollo económico. O sea, en qué medida ha generado una transformación de la estructura económica, de manera que haya una creciente aplicación del conocimiento técnico a la producción de riqueza, junto al aumento de las capacidades productivas. En consecuencia, en lo que sigue el cuestionamiento no se dirige al carácter explotador del capitalismo argentino, sino a la medida en que cumple con su "misión histórica" de desarrollar las fuerzas productivas. Esta idea no es propiamente "marxista", ya que estuvo presente en el pensamiento económico burgués más progresista, desde los orígenes del capitalismo (Maquiavelo, Locke, Smith, Ricardo, etc.). Y fue retomado luego por expresiones del pensamiento burgués progresista, tanto de los países adelantados, como atrasados. El mismo criterio primó en lo mejor del estructuralismo latinoamericano; por ejemplo, en Celso Furtado.

En esta tradición, el desarrollo está determinado por la inversión productiva, y ésta es vital para mejorar la posición competitiva de los capitales nacionales en el mercado mundial. Es que en última instancia, muchos de los problemas que enfrentan los países tienen su raíz en la forma en que se insertan en la división internacional del trabajo. Como señala Thirlwall (2012), citando a Marshall, “las causas que determinan el progreso económico de las naciones pertenecen al estudio del comercio internacional”.

Se trata entonces de un enfoque opuesto al programa de desarrollo autárquico, de espaldas al mercado mundial, que suelen alentar las corrientes pequeño burguesas nacionalistas. No hay países autosuficientes; algunas ramas se desarrollan por encima de las necesidades de la demanda interna, y otras por debajo. El modo de producción capitalista es por naturaleza mundial, y los diferentes espacios nacionales de valor se articulan en esta totalidad. La interdependencia de esos espacios nacionales está condicionada por los flujos de comercio e inversiones, el grado de endeudamiento, y las variaciones del tipo de cambio. Por eso, es clave el grado de desarrollo de las fuerzas productivas a partir del cual un país participa en el mercado mundial. Ninguna economía puede prescindir de las importaciones de maquinaria y tecnología, so pena de quedar irremediabilmente atrasada. De ahí que todo dependa de la interrelación entre la inversión y las exportaciones, y de la estructura de éstas. En este respecto, Thirlwall también apunta que no es indistinto si un país produce repollos o computadoras, ya que *la composición de las exportaciones tiene importancia para la desempeño económico* (Thirlwall, 2012). Una economía cuyas principales exportaciones son materias primas, es mucho más vulnerable a los cambios en la demanda mundial y a las fluctuaciones de precios, que una que posee una matriz productiva diversificada, y con industrias que generan alto valor agregado. Desde el punto de vista de la teoría del valor de Marx, se puede demostrar que si un país exporta materias primas o productos industriales de bajo valor agregado, sufrirá un creciente deterioro de los términos de intercambio, en el largo plazo.

En base a lo expuesto, se comprende la importancia de avanzar hacia una producción basada en trabajo complejo y tecnología. Obsérvese que este enfoque no solo se diferencia del estrechamente nacionalista (de la idea reaccionaria de “vivir con lo nuestro”), sino también se opone al programa neoclásico. Según este último, cada país debe centrarse en sus “ventajas comparativas” y liberar los mercados; y el Estado solo tiene que ocuparse de garantizar la propiedad privada. Pero en la visión burgués progresista (al estilo Kalecki, Kaldor, neoschumpeterianos o estructuralistas neoschumpeterianos) el desarrollo capitalista exige la intervención estatal, con el objetivo de lograr la diversificación, la actualización tecnológica y la innovación. Esto implica inversión en infraestructura, I&D, educación y salud (pero no alimentar al lumpen, ni el gasto suntuario). Es una visión bastante distinta de la defendida por los neoclásicos, que en sus versiones extremas (algún economista de la UCEMA) llega a sostener que un país atrasado no debería invertir en I&D, porque basta copiar la función de producción del país adelantado. También es distinto del que pretende que basta estimular el consumo para que haya inversión; una idea que han planteado economistas K en Argentina.

Argentina, continúa el atraso

El discurso oficial sostiene que el país ha ingresado en una etapa de industrialización cualitativamente distinta a todo lo conocido, y basa esta afirmación en las cifras del crecimiento en términos absolutos de la producción y de las exportaciones industriales. Sin embargo, cuando se ponen estos datos en el contexto mundial, el argumento se debilita, y mucho. Es que la participación de las exportaciones industriales argentinas en el total de las exportaciones mundiales no ha experimentado ningún aumento significativo: en 2000 era del 0,19% y en 2010 fue el 0,22% (cálculo en base a datos de la Organización Mundial del Comercio). Después de una década de programa industrialista, hubo un aumento de solo tres centésimas porcentuales.

Digamos también que entre 2000 y 2010 la participación de las exportaciones argentinas en las exportaciones mundiales de alimentos pasaron del 2,7% al 3%.

En cuanto a la diversificación de las exportaciones, en 2011 el 80% del valor de todos los productos exportados estuvo concentrado en 25 partidas (Aiera, Asociación de importadores y exportadores de la República Argentina). Por otra parte, el déficit de la balanza industrial sigue siendo muy significativo. Aclaremos que existen problemas para medir la balanza industrial, ya que la información de las exportaciones está clasificada por rubros (bienes primarios, MOI, MOA, combustibles), mientras que las importaciones se clasifican por uso económico (bienes de capital, vehículos, bienes intermedios, etc.). Según diversos cálculos (por ejemplo, de la UIA), en 2008 el déficit de las MOI osciló entre los 26.000 y 28.000 millones de dólares; en 2010 entre los 30.000 y 32.000 millones.

Además, en los rubros de mayor valor agregado, la economía argentina continúa siendo atrasada. En 2011 sólo el 11% de las exportaciones correspondió a productos de alto valor agregado (Aiera). Pretender achicar esta diferencia prohibiendo importaciones de piezas vitales es, por supuesto, una tontería, que termina afectando a la producción, y también a las exportaciones. Tampoco se superan las deficiencias del atraso tecnológico con pantomimas de desarrollo. Por ejemplo, se ha sostenido que a partir de las políticas de promoción industrial en Tierra del Fuego se ha desarrollado un verdadero polo tecnológico. “Se ha consolidado el despegue de la industria electrónica en Tierra del Fuego, atrayendo inversiones de empresas líderes en el mundo, y generando miles de puestos de trabajo”, decía Débora Giorgi, la ministra de Industria, en marzo de 2011, en ocasión de un viaje realizado a la isla con la presidenta. Pero la realidad es otra. En octubre de 2011 Cadieel, la Cámara que agrupa a los empresarios del sector, informaba que el porcentaje de componentes argentinos en electrónicos ensamblados en el Sur no llega al 5%. Según Cadieel, las divisas que no salen por importación de equipos terminados, se van por importación de piezas. El resultado es que los equipos electrónicos en Argentina son más caros que en países vecinos. Esto no es desarrollo, simplemente inflación de la estadística del producto interno (y para colmo, con costo fiscal elevado). Precisamente, uno de los ejes de un proyecto industrializador debería ser “subir” en la cadena de producción internacionalizada, hacia los segmentos que contienen más valor agregado.

El atraso tecnológico y la debilidad del crecimiento también se evidencia en muchos sectores que empiezan a tener dificultades por la apreciación en términos reales de la moneda. Las ramas más afectadas serían textil, indumentaria, productos de metal, maquinaria, equipamiento eléctrico, equipos de TV y radio, productos de caucho y plástico y autopartes. La competitividad lograda en base a tipo de cambio alto, de los primeros años post-convertibilidad, no es sustentable en el largo plazo. Y el desarrollo tecnológico, y la inversión en investigación y desarrollo, dependen de una confluencia de factores, punto en el que han insistido los neo-schumpeterianos. Pero en un modo de producción en que domina la propiedad privada del capital, el desarrollo de la tecnología está condicionado a las decisiones de inversión de los capitalistas. Y la realidad es que en Argentina la inversión privada en I&D es muy débil. Recientemente, el ministro de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva, Lino Barañao, se refirió a esta cuestión en el IV Congreso de AEDA: “la inversión del sector privado en ciencia es menor a la estatal porque el tipo de empresas que tenemos en Argentina no requiere habitualmente una inversión sustantiva en investigación. La competencia está basada en costos y no en innovación” (página web del ministerio). Debería haber agregado que en buena medida la competitividad se busca bajando los costos laborales (de ahí los recurrentes pedidos de devaluar). Como resultado, en 2009 el país gastaba en I&D el 0,59% del PBI; Brasil 1,18% y EEUU 2,89%. Son 46 dólares por habitante; en Canadá 762 y en Brasil 99 (Red de Indicadores de Ciencia y Tecnología, Ricyt; no hay datos más actualizados). Todo esto pone en evidencia que un programa de desarrollo capitalista es algo más que bajar salarios devaluando la

moneda (fórmula preferida de economistas al estilo López Murphy, y también de vertientes del pensamiento “nacional y popular”).

La soja y las “falencias estructurales”

El discurso oficial sostiene que el alza del precio de la soja fue un factor de importancia secundaria en el crecimiento de la última década. Pero la realidad es que la superación de la tradicional restricción externa -los déficits en cuenta corriente obligan a parar las importaciones, con repercusiones negativas en toda la matriz productiva- fue posible gracias al alto precio de la soja (también del maíz). Basta observar la magnitud del déficit de la balanza industrial para comprobarlo. Como sostienen Herrera y Tavosnanska (2011) “Resulta significativo que durante el período analizado (2003-8), y a diferencia de tantas otras experiencias del pasado, el saldo comercial deficitario no haya derivado en una crisis “tradicional” de balanza de pagos. Sin embargo, este resultado parece haber sido profundamente influido por el incremento inusitado de los términos de intercambio, que hizo posible que el país sostuviera un abultado superávit comercial global, suficiente incluso para afrontar los pagos de la deuda externa. En otras palabras, las discutidas falencias de la estructura industrial argentina (falencias que si bien fueron indudablemente heredadas del pasado, no se intentó decididamente solucionarlas durante el período reciente), quedaron ocultas -y sus efectos eventualmente postergados- por la bonanza externa”.

Agreguemos que los efectos de esas falencias estructurales se hacen sentir con fuerza en la presente coyuntura. La extrema dependencia de pocas exportaciones, y muy concentradas en algunos destinos (como automóviles a Brasil); la crisis energética, y su peso en la balanza de cuenta corriente; y la salida del excedente, vinculada a la debilidad de la inversión en sectores claves, son algunas de sus manifestaciones más visibles. Significativamente, en 2011 la cuenta corriente tuvo un resultado prácticamente nulo, ya que la balanza comercial no alcanzó a compensar la remisión de utilidades, intereses de deuda y servicios.

En conclusión, es indudable que hubo crecimiento económico en los últimos 10 años, y que bajaron los niveles de desocupación, pobreza e indigencia alcanzados en la crisis de 2001-2. También hubo una fuerte recuperación industrial, y mejoraron los niveles de inversión, en relación al PBI, con respecto a los años 90. Pero este crecimiento tiene bases débiles. El capitalismo argentino continúa siendo atrasado y dependiente, y la actual desaceleración económica tiene más que ver con estas debilidades, que con la crisis mundial. La clave sigue siendo una débil acumulación de capital.— BAS, agosto 2012

Textos citados:

- Kaldor, N. (1963): Ensayos sobre desarrollo económico, México, CEMLA.
- Kulfas, M. y E. Hecker (1998): “La inversión extranjera en la Argentina de los años '90. Tendencias y perspectivas”, Estudios de la Economía Real, N° 10, octubre, Centro de Estudios para la Producción.
- Marx, K. (1999): El Capital, México, Siglo XXI.
- Bezchinsky, G., M. Dinenzon; L. Giussani; O. Caino; B. López y S. Amiel (2007): “Inversión extranjera directa en Argentina. Crisis, reestructuración y nuevas tendencias después de la convertibilidad”, Documento de proyecto, CEPAL.
- Herrera, G. y A. Tavosnanska (2011) “La industria argentina a comienzos del siglo XXI”, Revista de la CEPAL 104, agosto.
- Thirlwall, A. (2012): “Reflections on some macroeconomic issues raised by UNCTAD’s Trade and Development Report over three decades”, Trade and Development Report, 1981-2011, Three Decades of Thinking Development, Ginebra y Nueva York, ONU, pp. 95-102.

Rolando Astarita es un reconocido economista marxista argentino, profesor de economía en la UBA

<http://rolandoastarita.wordpress.com/2012/08/13/economia-argentina-coyuntura-y-largo-plazo-i/>